
**Símbolos enfrentados.
La Iglesia Católica y la "Oración de Perón"
durante el congreso eucarístico de Rosario
1950.**

Hernán Uliana"

Resumen

Este artículo trata de utilizar un momento particular en "la Argentina de Perón" como es el Congreso Eucarístico de Rosario del año 1950 para bucear en las tensiones que se producen al ponerse en contacto dos actores con pretensiones de hegemonía cultural en un acto de masas. Esto nos da un laboratorio particularmente apto para penetrar en las dinámicas simbólicas particulares que potencialmente, aunque no necesariamente, llevaban a un enfrentamiento entre un Estado que tomaba un cariz cada vez más autoritario y totalizante frente a una institución que también aspiraba a la hegemonía simbólica de la sociedad y que había evitado los embates "peronizadores" hasta ese momento gracias a una alianza tácita forjada luego de 1943. El eje del artículo está en la importancia que la dinámica política toma en la definición de los enfrentamientos aún cuando estos, si solo centramos nuestra visión en el aspecto discursivo-ideológico, parecen a primera vista incomprensibles.

Palabras clave: Perón, Iglesia Católica, hegemonía, dinámica simbólica.

" Investigaciones Socio Históricas Regionales (ISHIR-CONICET). Centro interdisciplinario de Estudios Sociales (CIESo)

Summary

This article tries to use a particular moment in the Argentina of Perón like is the Eucharist Congress of Rosario of year 1950 to dive in the tensions that took place when putting themselves in contact two actor with pretensions of cultural hegemony in an act of masses. This gives us a particularly apt laboratory to penetrate in the dynamics symbolic individuals that potentially, although not necessarily, took to a confrontation between a State that took a deeper authoritarian and intolerant look front to an institution that also aspired to the symbolic hegemony of the society and that had avoided the peronization attacks until that moment thanks to a tacit alliance forged after 1943. The axis of the article is in the importance that political dynamics taking in the definition of the confrontations these, if even though single we centered our vision in the discursive-ideological aspect, seem incomprehensible at first sight.

Keywords: Perón, Catholic Church, hegemonics, symbolic dynamics

Aclaración inicial

El Congreso Eucarístico reunido en la ciudad de Rosario en el año 1950 nos da un laboratorio particularmente apto para explorar las tensiones que provocaron, de forma creciente a lo largo de la década peronista, los intentos hechos desde el Estado por generar una nueva simbología que combinara íconos y personajes profanos (Perón y Evita) con formas de adhesión cuasi-religiosa de amplias masas de la población, teóricamente católica.

La utilización de los resortes e instituciones estatales para potenciar el efecto de esta "liturgia peronista", sobre todo la escuela pública, sumado a una continua invasión de espacios a los cuales la Iglesia Católica no puede renunciar so pena de ver reducida gravemente su autonomía, estallarían en los años posteriores al Congreso de 1950. Aún así, con ayuda del ya regimentado Partido Peronista y unas instituciones "peronizadas" (procesos muy avanzados para 1949), la estrategia de Perón que intenta suplir los posibles efectos

negativos de la grave crisis económica en su caudal electoral con el apoyo sentimental de los trabajadores a una identificación más definida de Justicialismo-Pueblo-Nación, estaba en pleno período de afianzamiento.

Tal vez el peor escenario posible para la jerarquía eclesiástica es este: el potencial peligro de que el principal competidor simbólico por la primacía en los "corazones" de los argentinos (Perón) utilice, justamente, una tribuna organizada por la propia Iglesia para fortalecer su mensaje aleándolo a una ceremonia religiosa. La confusión de símbolos favorece al recién llegado el cual mantiene "libre" de interferencias sus propias reuniones litúrgicas (17 de octubre, 1 de mayo) y comienza con más fuerza a imbuirse de la potestad de definir una ética, no solo en los aspectos del trabajo y la economía, sino también de creencias más íntimas. La capacidad de definir al "buen católico" como peronista es, sin lugar a dudas, una estocada al corazón de la Iglesia.

La posibilidad de observar, a través de discursos y actitudes, este proceso cuando aún no ha llegado a su cenit debería permitirnos apreciar las estrategias ofensivas y defensivas que se utilizan en el intento de ampliar la capacidad de juego en la sumamente tensa atmósfera argentina de la década del '50.

En última instancia, la Iglesia se mantendría como una de las más poderosas instituciones con autonomía relativamente grande dentro de la década peronista y factor decisivo para provocar el fin del experimento nacional-popular en 1955.

El análisis del Congreso Eucarístico de 1950 se mantendrá dentro de esta lógica. Los discursos y actitudes, las posibles tensiones a nivel simbólico de los asistentes, las tácticas de los organizadores eclesiásticos y representantes del Estado peronista para evitar o potenciar "contaminaciones" que puedan llevar a confundir la asociación de los íconos religiosos con la nueva concepción estatal de la Nación, migrando del catolicismo al Justicialismo, o al menos confundiéndolos.

Trataremos de no caer en una mirada simplificada, anclada en los sucesos posteriores, y relacionar más bien la lucha por el con-

trol simbólico con las estrategias desplegadas que se alimentan de las posibilidades estructurales del momento. Después de todo, aún no se vislumbra el trágico desenlace de la relación peronismo-Iglesia y estos, aunque de forma cada vez más conflictiva, mantienen esa alianza tácita que forjaron en los años posteriores al golpe de junio de 1943.

Hay dificultades inherentes en el análisis de todo proceso en el cual se intente separar demasiado tajantemente lo que puede definirse como dinámicas políticas de las simbólicas. Por lo general una visión demasiado centrada en una u otra sesga y dificulta la interpretación de procesos cuyos elementos están tan interpenetrados que hasta la misma posibilidad de análisis parcial puede ser puesta en cuestión.

Sin embargo podemos hacer el intento de definir algunos efectos que producen estas dinámicas con el cuidado de aclarar que no están separadas más que en el análisis.

La dinámica política produce una sedimentación de prácticas basadas en gran medida en una historia heredada por los colectivos sociales que aprenden mediante ensayo y error¹. Partidos políticos, sindicatos, Iglesia, corporaciones, individuos, etc. todos ellos llevan décadas de aprendizaje en multitud de conflictos donde la negociación y el conflicto (incluso violento) fueron sedimentando formas de comportamiento y cosmovisiones cuya inercia es mucho más poderosa de lo que a veces piensan los investigadores, dema-

¹ Podríamos decir que el aprendizaje es "capilar", es decir, no es en los grandes hombres y sus escritos u obras políticas donde debemos buscar la sedimentación de prácticas y estrategias utilizadas sino en la multitud de conflictos que se desatan y resuelven en las redes que conforman a los actores colectivos. De ahí que muchas veces las prácticas políticas parecen contradecir los discursos aún los de los líderes más sinceros (como Juan B Justo para el Partido Socialista o Lisandro de la Torre para el Demócrata Progresista). Esta "contradicción" desaparece cuando se estudian las redes y sus prácticas sin el prejuicio iluminista que perméa muchas investigaciones y adhiere a los procesos históricos un "curso normal" o un "deber ser" siempre traicionado de forma conspirativa (por las corporaciones, el imperialismo, etc.).

siado tendientes estos a elevar a Perón y/o al Estado a un papel todopoderoso, poco importa si con un carácter positivo o negativo. Y son las prácticas y no el discurso ideológico lo que nos permite conocer el carácter de los colectivos que actúan. Un grupo puede tener un lenguaje arcaico, conservador o incluso reaccionario y haber aprendido a utilizar el lenguaje de masas, su organización y la tecnología que el momento ofrece como nos muestran, entre otros, los gobiernos conservadores en la década de 1930 en Buenos Aires con el gobernador Manuel Fresco. Al mismo tiempo una ideología progresista y moderna puede quedar atada a un discurso arcaico más propio de una sociedad de notables como lo ejemplifican el Partido Socialista en la misma poca con sus discursos iluministas de élite y su incapacidad para leer la realidad en cambio de la Argentina de masas en ciernes.

La dinámica simbólica se encuentra completamente imbricada con la anterior pero analíticamente podemos definirla como la recuperación activa de ciertos particulares universalizables que son propuestos por actores colectivos que han acumulado el suficiente capital social y simbólico (basado en muchos casos en el capital económico) en sus redes de relaciones como para competir en la lucha por la dirección de sentido de una sociedad. Los receptores del mensaje universalizable realizan una reactualización del mismo y, con sus reacciones hacia él, modifican también las estrategias de los actores dominantes los cuales se adecuan a esta actualización activa buscando formas modificadas u originales de transmisión. Este juego constituye un espacio semántico de asignación de sentido en el cual las ideas en pugna no se enfrentan a nivel abstracto sino dentro de un marco que combina altos niveles de pragmatismo y unas estrategias históricamente situadas y en constante movimiento.

El problema al cual nos enfrenta la relación entre peronismo e Iglesia Católica es, justamente, que dentro de este juego la dinámica política tiende a dicotomizar espacios que incluso comparten un vocabulario común. Cuando solo nos interesan los discursos es muy difícil no sorprenderse de la virulencia con que a mediados de

la década de 1950 emerge el conflicto entre Iglesia y peronismo. Una dialéctica maniquea parece atravesar todo el período y la relación Iglesia-peronismo queda atrapada en ella.

Catolicismo y peronismo pudieron significar la dinámica social de forma coincidente durante mucho tiempo, pero la dinámica política, situada históricamente, provocó un paulatino alejamiento entre ambos hasta llegar a la ruptura aún cuando los lenguajes utilizados hubieran seguido siendo similares. Esto es así porque ciertas dinámicas adquieren autonomía relativa del conflicto ideológico. En gran medida las dinámicas que más fácilmente se autonomizan son las ligadas a la competencia por los recursos estatales los cuales, por el aprendizaje histórico de los actores colectivos en la Argentina, se consideran el más poderoso motorizador de cambios a nivel social. Es ahí donde encontramos la clave del estado-centrismo que preside las decisiones de los más importantes actores colectivos y, gracias a su legado histórico, también las investigaciones de muchos historiadores.

Pero esta visión del Estado sigue siendo ideológica en muchos aspectos. La historia de grandes porciones del siglo XX gira en torno a la incapacidad de los actores en el Estado para imponerse definitivamente a una sociedad que muchas veces es vista como ingobernable. Esto muestra el sesgo de las investigaciones que, al centrarse solo en las dinámicas relacionadas con el Estado, pierden de vista una sociedad y grupos en constante transformación y movimiento (esto se aplica tanto al resurgimiento de la Iglesia católica en la primera mitad del siglo XX como a la perduración del peronismo descabezado de la década posterior a la Revolución Libertadora de 1955).

Es mi hipótesis que la dinámica política es el corazón de muchos procesos que a simple vista resultan inexplicables. Es la lucha por recursos materiales y simbólicos que permitan un posicionamiento mejor a los actores en pugna en su lucha hegemónica (o simplemente que permitan la supervivencia y reproducción de sus redes) lo que define conflictos que no pueden ser entendidos solo desde un punto de vista ideológico. El tipo de conflicto, el campo de lucha,

no esta definido por sus componentes ideológicos o voluntaristas sino por aprendizajes sedimentados tras décadas de organización, luchas y negociación en contextos históricos particulares².

Introducción.

*Los pasajeros del Douglas comprendieron que solo un milagro podía salvarlos... y, ya cara a cara con la muerte, se abrazaron todos en un gran abrazo... y el recuerdo de Perón y Evita hizo florecer la canción sobre los labios lívidos... Luego, el milagro se hizo.*³

En 1949 la Fundación Eva Perón envió una misión de ayuda a Ecuador (no sería la última vez que la Fundación enviaría ayuda al extranjero) con 70 toneladas de alimentos, medicinas y ropa para las víctimas de un violento terremoto. Con ellos iban un grupo importante de personas pertenecientes a dicha institución así como representantes de sindicatos. Cuando el avión que los traía de regreso se estaba aproximando a la pista ocurrió una explosión y el aparato se precipitó a tierra envuelto en llamas. Los miembros de la expedición murieron o resultaron gravemente heridos.

Uno de los sobrevivientes contó posteriormente que habían estado cantando “los muchachos peronistas” y, cuando ocurrió la explosión, todos se abrazaron y comenzaron a gritar el nombre de Perón y Evita. En accidentes como estos es casi imposible que haya sobrevivientes... pero aún así algunos se salvaron.⁴

Este suceso transcurre varios años antes del enfrentamiento abierto entre el Estado peronista y la Iglesia Católica. También

² Diego Mauro *Las caras de la política. Las tramas subterráneas entre la política de masas, el reformismo liberal y la Iglesia Católica, Santa Fe 1920-1937* (Tesis doctoral, inédita). Mauro tiene una visión similar en su tesis la cual rastrea minuciosamente las derivas de las dinámicas políticas en Santa Fe durante las décadas del '20 y '30 para algunos actores colectivos de suma importancia.

³ *Democracia*, 29 de septiembre de 1949. Citado por Mariano Ben Plotkin *Mañana es San Perón* (EDUNTREF, Caseros, 2007) p 253.

⁴ Para el relato completo ver Mariano Ben Plotkin *Mañana es...* pp 252-253

antes del Congreso Eucarístico que es objeto de este artículo. Sin embargo contiene elementos de extraordinaria importancia para introducirnos a la tensión latente entre las dos “doctrinas” que intentaban moldear simbólicamente a la sociedad a su imagen y semejanza. Una de ellas llevaba al menos cuatro décadas de lento pero paulatino fortalecimiento que pareciera haber dado sus frutos definitivos con la revolución de junio de 1943. La otra filiaba su origen a esta misma revolución y en pocos años había sumergido a sus competidores políticos y simbólicos del sistema partidario y sindical a un completo silencio, reivindicando muchas de sus banderas y agregándole aditamentos originales.

Entre estos aditamentos está el intento, similar al católico, de construir “una Nación” de ciertas características ligadas a la “doctrina” justicialista, al papel de sus líderes como símbolos (excluyentes, claro está, son las figuras de Perón y, tal vez más importante, de su esposa Eva) y a la potestad de definir los límites de sus competidores en el espacio “semántico” de asignación de sentido⁵.

Pero el ejemplo anterior permite acercarnos a los aspectos menos “materiales” del potencial conflicto. Además de la paulatina “peronización” de espacios como la educación y la asistencia social, reivindicados por la iglesia como ámbitos de su incumbencia, está la mucho más grave insinuación del reemplazo en los “corazones” cristianos del amor al Dñs católico apostólico romano cuyo representante e intermediario es la iglesia y su galería de santos, por un nuevo Dñs justicialista a los cuales se accede mediante intermediarios profanos sacralizados. Y si el símbolo más importante es una mujer surgida de los sectores populares, hija ilegítima de una relación inmoral, de dudosa reputación previa, lenguaje plebeyo, ambiciosa y con poco tacto al exponer sus ideas (en suma, el exacto contrario a lo que la Iglesia propugnaba como ideal de mujer), el cóctel explosivo estaba servido y solo esperaba una chispa.

⁵ Elías José Palti *El tiempo de la política. El siglo XIX revisitado* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2007)

Pero esa chispa y el incendio que provocaría aún tardaría años en llegar y su estudio no es el objetivo de este artículo.

¿Como asimilaba la Iglesia las historias como la anterior que eran enormemente propagandizadas desde el Estado? Es difícil, si no imposible, sacar conclusiones definitivas. Pero el hecho de que, ante el peligro de muerte inminente, un grupo de supuestos cristianos se abracen y canten los "muchachos peronistas" mientras gritan el nombre de Perón y Evita, no puede ser ignorado por parte de una institución con pretensión de totalidad (al menos en el aspecto espiritual) como la Iglesia católica argentina. La noción misma de Nación Católica es cuestionada en su parte más esencial y por un Estado que aún le provee beneficios incuestionables.

El dilema al cual se enfrentaba la Iglesia queda así planteado.

Las condiciones del momento

En general se coincide en que el año 1949 es un punto de inflexión en la relación entre la Iglesia Católica y el Estado peronista (Di Stefano, Zanatta, Bianchi, Caimari). Consolidado el peronismo en el aspecto político-institucional durante los primeros años y llevando a cabo políticas de corte cada vez más "totalitario" en el ámbito social (Plotkin) el potencial enfrentamiento adquiriría cada día mayores visos de realidad.

Algunos discursos peronistas se acercaban peligrosamente a cuestionar la definición "oficial" del buen cristiano, sobre todo cuando se referían a algunos irreductibles curas antiperonistas (los casos más importantes eran monseñor Miguel De Andrea, el Arzobispo de Córdoba Monseñor Fermín E. Lafitte; Monseñor Froilán Ferreyra Reinafé de La Rioja, Monseñor Nicolás Fasolino de Santa Fe, pero también sacerdotes antiliberales como Julio Meinville comenzaron a atacar desde 1949 al "colectivismo peronista"). La reforma constitucional de 1949, a pesar de estar redactada por un reconocido católico como Arturo Sampay, decepcionó a la Iglesia al no incorporar algunas de sus más caras aspiraciones como la indisolubilidad del matrimonio y la declaración del catolicismo como religión oficial. El avance de otras iglesias como la

Escuela Científica Basilio o las evangélicas preocupaba también a la curia que culpaba a la inacción del Estado para ponerles freno.

Tal vez lo más irritante era el accionar de la Fundación Eva Perón, y en particular las actitudes de la misma esposa del presidente. Ya dijimos anteriormente que la procedencia y maneras de Eva eran exactamente el espejo de las sostenidas por la Iglesia en cuanto al comportamiento que debía tener una mujer. Si bien es cierto que la misma concepción católica del hogar y la familia parecía ser defendida por la misma Eva, lo cierto es que su actitud irreverente y "masculina" (es decir, de potencia, activa, de poder, de dominio, ambición, etc.) ponía un ejemplo contradictorio en la adquisición de los parámetros de comportamiento femenino. La Iglesia no podía tolerar en su propia ideología que Eva fuera el ejemplo a emular por amplios sectores de mujeres de las clases subalternas, teóricos reservorios de un catolicismo popular al cual la Iglesia Católica viene apelando desde décadas para enfrentar al laicismo "de elite".

Pero esa crítica a las elites modernizantes no puede ocultar los lazos indestructibles que unen a la jerarquía eclesiástica con los sectores dominantes. El estrecho contacto de la Iglesia con las instituciones de beneficencia previas al peronismo y su mismo discurso en el cual la limosna de los ricos es la obligación central en una sociedad jerarquizada e inmutable no puede menos que verse golpeada duramente con la reivindicación de la "justicia social" como "derecho" además del aspecto más material que suponía el paulatino afianzamiento de la Fundación como dispensador de ayuda social masiva en desmedro de las organizaciones privadas. Las historias que ya circulaban (una de ellas abre este trabajo) y que incluían a Eva besando en la boca a leprosos o sifilíticos como una virgen dispensadora de gracia divina⁶ no pueden menos que haber acrecentado la inquietud de una institución que aspira a la totalidad del control de la simbología sacra.

⁶ Ver Mariano Ben Plotkin *Mañana es...*

Aunque había curas y monjas que prestaban sus servicios en la Fundación y tenía un director espiritual en el padre Hernán Benítez, la competencia por un espacio que la Iglesia consideraba de su incumbencia provocaba roces. Esto era agravado por la misma Eva que repetía continuamente las diferencias entre la labor de la Fundación y la de sus predecesoras bendecidas por la Iglesia. Se puede tomar un párrafo de "La razón de mi vida" como ejemplo de cómo se apreciaban estas diferencias desde el punto de vista de la carismática presidenta de la Fundación:

"...no es filantropía, no es limosna, ni es solidaridad social, ni es beneficencia. Ni siquiera es ayuda social, aunque por darle un nombre aproximado yo le he puesto ese. "Para mí, es estrictamente justicia". Lo que más me indignaba al principio de la ayuda social, era que me la calificaran de limosna o beneficencia. Porque la limosna para mí fue siempre un placer de los ricos. Y para eso, para que la limosna fuese aun más miserable y más cruel, inventaron la beneficencia y así añadieron al placer perverso de la limosna el placer de divertirse alegremente con el pretexto del hambre de los pobres. La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza y de poder para humillar a los humildes. Y muchas veces todavía, en el colmo de la hipocresía, los ricos y los poderosos decían que eso era caridad porque daban - eso creían ellos- por amor a Dios. ¡Yo creo que Dios muchas veces se ha avergonzado de lo que los pobres recibían en su nombre! Mi obra no quiere ser de esa caridad. Yo nunca dije, ni diré jamás, que doy nada en nombre de Dios. Lo único que puedo dar en nombre de Dios es lo que deja alegres y contentos a los humildes; no lo que se da por compromiso ni por placer sino lo que se da por amor."

⁷ Eva Perón *La razón de mi vida* (Buenos Aires 1951 Editorial Peuser) cap. XXXII.

Como se sabe, la caridad, desde la óptica de la Iglesia, debía ser un acto individual que requería una relación personal entre el dador y el receptor. En una sociedad inmutable y jerárquica la pobreza no es un accidente sino un dato del orden social. Es más, tiene connotaciones positivas pues somete a prueba la fe de los humildes y permite el despliegue (y ostentación) de las cualidades morales superiores de los ricos. El discurso de los “derechos sociales” viene a romper radicalmente con la concepción tradicional de la beneficencia. El deber moral individual y paternalista de la caridad de elites se convierte en un derecho y un deber social que debe ser implementado por el Estado u organizaciones colectivas (como la Fundación o los sindicatos).

Más allá del cambio discursivo y material, lo que la larga cita nos muestra es el intento agresivo de invadir los mecanismos de generación de sentido que la Iglesia reclama exclusivamente para sí. El más grave es la competencia por definir “lo que Dios quiere” que Eva redirige hacia la concepción peronista de la “justicia”. La justicia de Dios es la justicia del Estado peronista y esta irreverente mujer se pone a sí misma como eje dispensador de sentido con la continua utilización de la primera persona (“para mí”, “yo creo”, “mi obra”, etc.). Calificando a la limosna y la beneficencia como “miserable y cruel” y reivindicando la felicidad de los humildes como un acto de “estricta justicia”⁸ se coloca ya directamente en el campo de disputa simbólica con una Iglesia que ha sostenido desde siempre aquellos actos como impulsados por la mano de Dios que ablanda los corazones de los pudientes.

⁸ Al ser una institución teóricamente independiente del Estado, la Fundación Eva Perón no podía generar “derechos” a través de sus servicios. Sin embargo prestaba asistencia básica y, en muchos casos, esencial a amplios sectores excluidos del sistema estatal y sindical, todo combinado con una agresiva propaganda política que buscaba generar fuertes lazos de dependencia personal entre los beneficiarios y la Fundación que, en su aspecto simbólico, se reducía a lazos de lealtad con Eva Perón.

¿Por qué no pudieron dividirse el catolicismo y el peronismo las esferas de poder y convivir aliados en un proyecto común, al estilo de Franco o Salazar? La misma concepción de “Nación Católica” y el tinte que el movimiento peronista fue adquiriendo explican en parte esta imposibilidad. También las características personales de Perón (al decir de Halperín, pragmático, poco denso ideológicamente y sin demasiado interés por filosofar) y Eva, la ideología de un movimiento obrero “no tan nuevo” como hubiera creído un Gino Germani (ver Torre, Murmis y Portantiero, Del Campo, etc.) que traía fuertes reminiscencias de un pasado socialista o sindicalista, conspiraban en contra de un entendimiento demasiado duradero.

El monopolio del espacio simbólico que está contenido en la idea de “Nación Católica” debía entrar en contradicción con la intención similar de un peronismo que se afianza como visión alternativa del mundo impulsado por un Estado que comienza a depender cada vez más de su posibilidad de control ideológico al vislumbrarse ya los límites de la política redistributiva.

Para colmo de males, la gran polarización que el mismo peronismo impulsa en la sociedad y a la cual sus adversarios también apelan, impone la disyuntiva para la Iglesia de que cualquier conflicto que se desatase quedaría inevitablemente atrapado en esta dinámica de amigo-enemigo.

El 10 de abril de 1948 Perón participó de un homenaje a monseñor Nicolás De Carlo, obispo de Resistencia en reconocimiento por la labor social que realizaba en su diócesis y en su discurso ante el Episcopado expresó:

“...al igual que no todos los que se llaman demócratas lo son en efecto, no todos los que se llaman católicos se inspiran en las doctrinas cristianas. Nuestra religión es una religión de humildad, de renuncia interna, de exaltación de los valores espirituales por encima de los materiales. Es la religión de los pobres, de los que sienten hambre y sed de justicia, de los desheredados; sólo por causas que conocen muy bien

los eminentes prelados que me honran escuchándome, se ha podido llegar a una subversión de los valores y se ha podido consentir el alejamiento de los pobres del mundo para que se apoderen del templo los mercaderes y los poderosos y, lo que es peor, para que quieran utilizarlo para sus fines interesados.”⁹

Una crítica poco velada al accionar de una Iglesia comunicada por infinitos canales con la “oligarquía” cada vez más definida simplemente como “antiperonismo” desde las esferas oficiales. Al dar las características de “nuestra religión” se aprecian claramente la lucha por la definición de una “nueva cristiandad” de características similares en sus virtudes a las sostenidas por la “doctrina” justicialista. Además ¿Quién es el consintió que los mercaderes y los poderosos se apoderen del templo sino la misma curia eclesiástica? El peronismo se transforma en la religión de los que tienen hambre y sed de justicia, de los desheredados y los pobres reemplazando a quienes abandonaron su misión por “fines interesados”.

Otro punto de fricción inmediato al Congreso Eucarístico de Rosario es el conflicto con los espiritistas. La Escuela Científica Basilio fue fundada en Buenos Aires el 1 de noviembre de 1917 y se declara basada en las enseñanzas de Jesús siguiendo la interpretación que de ellas hace su fundador Allan Kardec.

En 1921 le fue concedido permiso de la Policía Federal para realizar reuniones públicas y en 1925 obtuvo personería jurídica. En 1948 el gobierno le anuló su personería jurídica pero en mayo de 1950 suspendió la medida. En julio de 1950 el Jefe de Policía dispuso el cierre de los centros de la institución, medida que debió revocar por orden de Perón. La Escuela anunció la realización de un gran acto público en el Luna Park para el 15 de octubre de 1950, pocos días antes del comienzo del Congreso en Rosario, con afiches publicitarios que proclamaban ¡JESUS NO ES DIOS!, lo que pro-

⁹ Lila Caimari *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, (Ariel, Buenos Aires, 1995) p 458.

vocó la reacción adversa de la Acción Católica. Ese día al principio del acto se leyó una carta de Perón y Eva adhiriendo al mismo y allí integrantes de la Acción Católica interrumpieron el acto con gritos y lanzamiento de panfletos. Fueron sacados por la policía y siguieron en manifestación por la calle hasta que algunos de ellos fueron arrestados. La prensa católica se hizo eco de este hecho y criticó tanto el silencio de la oficial como el tratamiento, que consideraba privilegiado, que se le daba a este culto.

Finalmente llegaba el momento del Congreso con no pocas tensiones latentes que se acrecentarían por malentendidos y por la actitud del matrimonio presidencial. Desde el comienzo la Iglesia encontró poca predisposición del gobierno en colaborar con la organización "de hecho, la prescindencia oficial en la organización del evento rayaba en el sabotaje"¹⁰. El desplante que la pareja presidencial haría a la curia tomándose vacaciones justo en la semana que llegaba el legado papal Cardenal Ernesto Ruffini dejando a funcionarios de segunda línea el recibimiento protocolar sería particularmente hiriente para una institución que da mucha importancia a las ceremonias y puestas en escena. Aunque teóricamente fueron las instrucciones enviadas por la nunciatura sobre el protocolo a seguirse para recibir al legado lo que molestaron a Perón, la magnitud de su respuesta (su ausencia) ponen de manifiesto las grietas que para los actores involucrados no podían dejar de percibirse.

La Iglesia

La institución eclesiástica católica en Argentina venía de un proceso de consolidación que puede rastrearse hasta principios del siglo XX (Lida, Mauro) pero que se acelera decisivamente en la década del '20 y tiene su culminación en la siguiente.

La Revolución de 1943 representa la cúspide de este proceso cuando el nuevo régimen militar incluye en su agenda no solo aspiraciones largamente ansiadas por la Iglesia como el decreto de

¹⁰ Lila Caimari *Perón y la Iglesia...* p 461.

implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, firmado el 31 de diciembre de 1943, sino que al mismo tiempo permite una influencia directa de cuadros católicos en el aparato del Estado especialmente en esta sensible área que es la educación.

El momento del acontecimiento simbólico fundamental del peronismo se dio el 17 de octubre de 1945. Sin embargo la concentración popular que fundaría definitivamente el "carisma" de Perón no recibió ningún comentario de la jerarquía eclesiástica y sólo el diario católico *El Pueblo*, en la pluma de Delfina Bunge de Gálvez, se refiere a este hecho trascendental filiándolo de manera indirecta a la acción de la Iglesia: "Estas turbas parecían cristianas sin saberlo. Su actitud era tal que nos hizo pensar que ellas podían ser un eco lejano, ignorante y humilde, de nuestros Congresos Eucarísticos". Sin duda, la conquista del espacio público del que había hecho gala la iglesia en sus movilizaciones de la década del '20 y, especialmente, del '30, se perciben en esta descripción. Tal vez este podría haber sido un primer llamado de atención sobre el cambio que sobrevendría en la década siguiente, pero las ganancias materiales y sociales de una Iglesia vista por todos como aliada estratégicamente al Estado (y obteniendo enormes réditos de esta alianza) pueden haber ocultado el peligro que encerraba el 17 de octubre. Esta vez el pueblo cristiano no se encolumnaba detrás de la cruz para enfrentar a los impíos comunistas, socialistas y radicales de la Unión Democrática, sino que apoyaba a un coronel ambicioso que los recibía con un discurso que, aunque con infinitos puntos de contacto con el sostenido por la vertiente de "catolicismo social", contenía otros tintes verdaderamente revolucionario para las condiciones de la época. El más inquietante era que su llamado al "Pueblo" se hacía por fuera y en contra de las jerarquías sociales establecidas, aún cuando en última instancia su intención fuera el refuerzo del orden.

"Sonería 1989:115 citado por Héctor Luis Alberto Godino "Iglesia y Estado peronista. Bases ideológicas y acciones del conflicto". trabajo presentado en el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político (noviembre del 2007).

Pero ¿Qué opción le quedaba a la Iglesia sino apoyar al emergente líder? Sus conquistas eran frágiles y fácilmente reversibles si esa coalición de partidos laicistas acérrimos y ateos denominada Unión Democrática llegaba al control del Estado.

En sus primeros años Perón no defrauda el apoyo que la Iglesia le había brindado en las elecciones de 1946 tanto en el aspecto material, como lo atestigua la transformación en ley del decreto de enseñanza religiosa en 1947 y el incremento de las partidas presupuestarias oficiales para el culto, como en el aspecto simbólico con la presencia de Perón y altos dignatarios eclesiásticos en las ceremonias tanto católicas como oficiales.

Pero el fortalecimiento de Perón y su movimiento en el Estado aumentan paulatinamente su autonomía relativa frente a los grupos que inicialmente lo apoyaron. Esto comienza a definirse en el aspecto simbólico con la aparición de la “doctrina justicialista” que se define como un camino perfecto para lograr la felicidad humana entre el materialismo ateo y el egoísmo protestante.

La reforma constitucional de 1949 impone un fuerte conflicto cuando el texto definitivo no considera que Dios sea la fuente de soberanía por encima del pueblo y que el catolicismo sea la religión del Estado (es decir, el Estado no protegía la “libertad de cultos” sino su mera “tolerancia”). La “doctrina” del justicialismo, reivindicada como cristiana pero no estrictamente católica, asumía un papel esencial sin ligarse a una legitimación divina o, mejor dicho, a la bendición de la Iglesia Católica como intermediaria e intérprete única de la divinidad.

Esto impactaba directamente en como la Iglesia se concebía a sí misma: En el orden temporal como pueblo de Dios (la comunidad, *ecclesia*) y en el orden espiritual como cuerpo de Cristo; combinadas estas, además, con las características que le imprimió la misma dinámica histórica argentina, la construcción de la idea de “Nación Católica”. Desde estas concepciones, el violentar la unicidad e indivisibilidad de la Iglesia mediante una interpretación proveniente desde el mundo de lo profano significaba un absurdo imposible de asimilar. La Iglesia *era necesariamente* el pueblo y la interpretación

de su felicidad en el amor de Dios. La “doctrina” justicialista insertaba un elemento indigerible en la idea de “Nación Católica”.

La oración de Perón

“Es muy fácil someterse a los dictados de una religión si en ellos hemos de cumplir satisfactoriamente sólo las formas pero es difícil una religión cuando uno trata de cumplimentar el fondo. (...) No es un buen cristiano aquel que va todos los domingos a misa y hace cumplidamente todos los esfuerzos para satisfacer las disposiciones formales de la religión. Es mal cristiano cuando, haciendo todo eso, paga mal a quien le sirve y especula con el hambre de los obreros de sus fábricas para acumular unos pesos al final del ejercicio”¹²

En la introducción habíamos dicho que el escenario era el peor posible para la Iglesia en una lucha simbólica. Expulsada de las celebraciones “peronistas” como el 17 de octubre y el 1 de mayo en las cuales ni siquiera, ya para 1950, se celebraba misa en los actos oficiales, la jerarquía debía soportar ahora el despliegue carismático de Perón que se proponía redefinir explícitamente la definición de buen y mal cristiano...y en una tribuna que la misma Iglesia había montado.

El párrafo citado anteriormente es una desautorización explícita de la Iglesia como cuerpo divino institucionalizado. La religión “formal” se opone ahora a una religión “real” que debe rechazar la hipocresía del que “va todos los domingos a misa” pero “paga mal a quien le sirve y especula con el hambre de los obreros...”. El rito se vuelve superfluo y esta concepción reduce a la Iglesia-institución a la nada. Sin ritos, sin escenificación de la renovación del “Pacto” y la Eucaristía, el “Cuerpo de Cristo” desaparece de los altares y de las bocas de los sacerdotes porque estos no representan “el fondo” de unas enseñanzas que coinciden, sin sorpresa, con las que el Estado peronista impulsa como la “doctrina” justicialista.

Pero hacia el final del Congreso la situación no haría más que empeorar.

¹² Lila Caimari *Perón y la Iglesia...* p 463

En la ceremonia de clausura del V Congreso Eucarístico Nacional el 29 de octubre de 1950, Año del Libertador General San Martín, Juan Domingo Perón, presidente de la Nación, pronuncia la siguiente oración:

“SEÑOR: Muchas veces he hablado a mi pueblo; muchas veces he compartido con él las horas alegres y las horas tristes o difíciles de sus hijos, participando de su felicidad e infundiéndoles fe. En el largo camino de mis luchas muchas veces también he elevado mi espíritu hasta vuestro corazón, rogando por la felicidad de mi pueblo y por la grandeza de mi patria.

Hoy vengo Señor, en cambio, con mi pueblo, y con él, postrado humildemente ante Vuestra Divina Majestad, os reitero públicamente mi gratitud y la gratitud de todos los argentinos, por cuanto nos ha sido dado de grandeza y de felicidad en estos años que llevo al frente de los destinos de la Nación.

Os agradezco porque en vuestra infinita bondad nos habéis concedido la paz y las condiciones espirituales y materiales necesarias para trabajar construyendo esta Nueva Argentina.

Os doy gracias porque habéis tenido a bien inspirarnos desde el fondo mismo de vuestro Evangelio una doctrina de justicia y de amor y porque nos habéis ayudado a realizarla progresivamente en esta tierra y para este pueblo. Os agradezco, Señor, porque vuestro amor y vuestra gracia han sido magnánimos y generosamente derramados sobre nuestro pueblo, y porque vuestra bendición ha descendido abundantemente sobre sus afanes, sus trabajos y sus sacrificios, creando así la situación de mayor bienestar en que se encuentra.

Quiero reiteraros, asimismo, Señor, en esta oportunidad, los ruegos que os he hecho otras veces en la intimidad de mi corazón.

Os pido que vuestro amor siga derramándose sobre este pueblo argentino que os reconoce y os ama

desde los comienzos mismos de su vida. Os pido especialmente que lo ayudéis en las luchas que sostiene por su dignidad de Nación justa, libre y soberana y por la dignidad de cada uno de sus hijos. Os ruego que así como acrecentáis la fecundidad de nuestras tierras y el trigo de nuestros campos –que por vuestro amor se consume en la unidad de la eucaristía- se acreciente aún más la fecundidad del corazón de todos los argentinos para que sean una sola cosa en virtud del amor, que es lo único que construye. Os imploro el auxilio necesario para que en mis afanes y trabajos, lo mismo que en las luchas de los hombres que comparten conmigo ahora y después de mi la responsabilidad del gobierno de nuestra patria, nunca se altere nuestro propósito inicial de servir lealmente al pueblo sobre todo a sus hombres y mujeres más humildes, porque estoy seguro de que, sirviéndoles con lealtad y con amor, estaremos siempre muy cerca de vuestro corazón.

Os ruego, también, Señor, por la paz y la felicidad de esta patria nuestra tan querida, y por la paz y la felicidad de todos los hombres y de todos los pueblos del mundo, para los cuales imploro vuestra misericordia y vuestro amor.

Para mí, Señor, no os pido otra cosa que la luz necesaria para seguir conociendo los mejores caminos de mi pueblo y la fortaleza que sea menester para conducirlo a sus altos destinos.

Por fin, con la absoluta conciencia de la responsabilidad que asumo, y en señal de gratitud por cuanto habéis otorgado a la Nación Argentina, en la abundancia de vuestro amor, os ofrezco todo cuanto soy y cuanto poseo, vale decir, mi vida por la grandeza y felicidad de mi patria y de mi pueblo, cuyos destinos de posito en Vuestro Divino Corazón.”¹³

¹³ Publicado por la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. Extraído de la página de la Fundación Joven 2000, <http://www.fj2000.org/>

Lo que primero impacta es la ausencia absoluta de cualquier mención a la Iglesia en su papel de mediación con Dios. Perón asume personalmente, y de manera explícita, el papel de un profeta profano que comparte las alegrías y tristezas de su pueblo no como “uno más” sino en la misión de “infundirles fe”, misión que está ligada a una relación íntima y directa con la divinidad a la cual “eleva su espíritu” mediante ruegos “en la intimidad de mi corazón” y que sin duda han sido escuchados porque responde a los deseos divinos el que se cumplan sus pedidos. Excluye así a la Iglesia de su papel de mediador ineludible entre el mundo y Dios reduciéndola a compartir la “gracia” con su propia persona, en el mejor de los casos, y subordinándola, en el peor, a una definición de Nación que no es solo cristiana sino también popular “justa, libre y soberana”.

El intento de transferir el papel de mediador Dios/Pueblo se completa con la transformación de la “doctrina” en un dictado divino inspirada “desde el fondo mismo de vuestro Evangelio” refiriéndose directamente a Dios. La realización “progresiva” de este dictado divino que es el justicialismo pasa a manos del Estado peronista y de la misma figura del líder que sacraliza definitivamente su misión.

Algunas conclusiones

Trataremos ahora de dejar algunas reflexiones y preguntas sobre el enfrentamiento simbólico entre dos ideologías que buscan dominar el “campo semántico” de generación de sentido sobre parámetros “totales”, es decir, sobre la definición esencial de lo que es “la Nación” y “el buen cristiano” que, en el caso histórico concreto de la Argentina en este período, implica una definición sobre la totalidad de los aspectos de la vida humana.

Retomando la perspectiva de J. M. Pavon retomada por Héctor Godino¹⁴, podemos decir que el combate se da en todos los aspectos materiales y simbólicos que constituyen una “ideología”.

Por “ideología” entendemos un conjunto sistemático de creencias y proposiciones que tienen ciertas características: Es una visión colectiva y parcial del mundo formado por el entramado mental de pre-juicios que afectan materialmente el comportamiento de los seres humanos proyectándose en el ámbito de la experiencia práctica y siendo realimentados desde esta. Esto significa que no es un dato “dado” que domina el comportamiento sino un campo de luchas y tensiones entre alguien que propone (Perón, Iglesia) y los que receptan el mensaje. Aunque parcial, la ideología es un “particular universalizado”¹⁵ es decir que viene a llenar el vacío irreducible y angustiante de la existencia con una expansión, más allá de sus límites materiales, de ciertos parámetros ordenadores que solo pueden ser sostenidos realimentándose constantemente desde cierta base no racional que mantenga “en suspenso” el juicio que podría poner en cuestión la validez de esta creencia universal.

En este sentido el peronismo es un “particular universalizado” que llegó trastocando jerarquías definidas y defendidas por la Iglesia como inmutables. La pobreza ya no es “una carga”, “una prueba” o “un estigma” inerradicables, es simplemente el resultado de una *injusticia* que el peronismo está llamado a reparar. El “pueblo” (un particular, es decir, una fracción del conjunto que comprendería a los excluidos, los pobres, los desheredados, los trabajadores, y excluiría a los “oligarcas”, en su amplia definición de “antiperonistas”) se transforma en “universal” portador de los valores y aptitudes esenciales del ser humano en su forma más pura, es

¹⁴ En general, la reflexión será inspirada en las definiciones de José M. Pavón *Las ideologías* citado por Godino, Héctor Luis Alberto en un trabajo presentado en el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político (noviembre del 2007) llamado “Iglesia y Estado peronista. Bases ideológicas y acciones del conflicto”.

¹⁵ Ernesto Laclau *Emancipación y diferencia*

decir, divina. Valores que además los "antiperonistas" han abandonado alejándose así de la "Gracia de Dios". La posibilidad "material" de que este discurso sea aceptado y que el juicio de los receptores sea "suspendido" reside en los logros que la política redistributiva ha tenido en mejorar las condiciones de vida de amplios sectores y en su comparación con la situación previa. Con esta base se puede reforzar la "fe" en la doctrina para sortear las dificultades que comienzan a golpear al modelo de redistribución haciendo hincapié en la "unidad espiritual" teóricamente lograda por la Nación y en el irrenunciable compromiso de Perón para con el Pueblo.

La ideología no es unívoca, no parte exclusivamente de las elites hacia la colectividad receptora, aunque el origen de los enunciados puedan rastrearse hasta ellas. Es una relación ambigua y dialéctica que queda bien demostrada en que el discurso peronista no abandona las ideas religiosas expresadas en el dogma católico y ni siquiera la idea arraigada en el "Mito de la Nación Católica" de una unidad sustancial entre cristianismo y Nación. Más bien redirecciona este mito y lo confunde con la construcción de una "Nación libre, justa y soberana" que vendría a complementar (eso sería negarle esencialidad) sino a "realizar" la verdad del Evangelio que, expresado de forma explícita el discurso de Perón y su oración en el Congreso Eucarístico, ha sido abandonada por la Iglesia al permitir a los mercaderes ocupar los templos. Dicho de otra forma, los colectivos receptores no son tábulas rasas, tienen sistemas de creencias sedimentados que interactúan con los esquemas propuestos y que además necesitan anclajes en la realidad material para ser reactualizados.

Esta "reactualización simbólica" de los parámetros ideológicos busca funcionar como "control social" y como "cemento social", es decir, busca justificar y legitimar a vez que cohesionar. El punto de fuga es que no parte de un "dominador absoluto" como podría ser una clase dominante que instrumentaliza al Estado. Es resultado de una lucha de grupos con recursos materiales y simbólicos importantes que intentan consolidarse y aspiran a la "hegemonía", tomada en el sentido gramsciano de dirección cultural y de sentido de

una sociedad particular o tomada en sentido laclauiano como el intento de imponer un único "particular universalizado": el pueblo peronista o el pueblo católico, solapados en muchos aspectos (aunque cada vez menos al cobijarse muchos "oligarcas" en la Iglesia) pero no coincidentes. En este momento particular los grupos más importantes para luchar por esta hegemonía de sentido son el peronismo y la Iglesia Católica. El tiempo mostraría que, contra las apariencias del momento, el primero no era tan fuerte como para lograr una victoria definitiva ni la segunda tan débil como para no poder resistir de forma eficiente y, en última instancia, victoriosa.

El efecto que esta lucha "por los corazones" puede haber tenido en aquellos que eran destinatarios de los mensajes contradictorios de unos y otros solo puede ser hipotetizado. La virulencia que adquirió, durante el período final de este "primer" peronismo, el enfrentamiento entre la Iglesia y los sectores que apoyaban al régimen, puede llevarnos a pensar que el mensaje caló profundo en amplios sectores de la sociedad como para identificar nítidamente quienes eran los enemigos de uno y otro bando. Es cierto también que la atmósfera de polarización no dejaba demasiado resquicio a una salida "neutral" ya que la "doble columna" amigo/enemigo, peronismo/antiperonismo, debía engullir necesariamente toda acción propuesta en la dinámica propia del conflicto que a estas alturas involucraba aspectos sociales, económicos y culturales, atravesando la sociedad entera.